

al puerto de tranquilidad, y que no se había de dar ocasion á los gentiles para pensar que es fábula lo que los cristianos creemos, viendo que por una parte lloramos tan sin consuelo á los que por otra decimos que viven y gozan de Dios, y para juzgar que somos prevaricadores de nuestra fe y que es vana nuestra esperanza, y que todo lo que predicamos es fingido y compuesto.

Pues si nuestra congoja naciere, no de la muerte del que bien queremos, sino del temor y espanto de la nuestra, que por ser la cosa más terrible de todas las humanas, es la que más nos suele afligir, demas de las consideraciones que habemos dicho, que tambien para esto nos podrán servir, acordémonos de lo que el mismo san Cipriano dice en aquel mismo libro *De mortalitate*, y es, que estando un santo obispo y compañero suyo muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenía presente, suplicase á nuestro Señor que le alargase la vida, le apareció un ángel en figura de un mancebo, de rostro hermosísimo y aspecto venerable y resplandeciente, que con voz grave le dijo: *Pati timetis, exire non vultis, quid faciam vobis?* Temeis el padecer, no quereis salir; ¿qué quereis que os haga? Y dice que le dijo el ángel estas palabras para que en su agonía las dijese y enseñase á los demas.

CAPÍTULO XVIII.

Cómo se deben consolar los casados que no tienen hijos.

Hablemos del estado de los casados, y consolémoslos en las aflicciones y tribulaciones que tienen, anexas á su estado, que no son pocas ni pequeñas; y primeramente tratemos en este capítulo de las mujeres casadas que son estériles y privadas del fruto de bendicion, y por eso se congojan y afligen demasadamente. Este deseo de tener hijos los casados es natural y muy vehemente, especialmente en las mujeres. Raquel, mujer de Jacob (1), viendo que su hermana Lia tenía hijos y ella no, se afligió de manera, que moria de dolor, y con la impaciencia dijo á Jacob: «Dame hijos, porque si no me los das, me moriré.» A la cual con enojo respondió Jacob: «¿Soy yo por ventura Dios, que te pueda dar hijos, el cual te ha privado del fruto de tu vientre?» Tambien se ve este mismo afecto en Ana, madre de Samuel (2), la cual, viéndose estéril y que no paria, se deshacia en lágrimas y andaba triste y desconsolada, y atravesado el corazón de dolor. Argumento asimismo deste vehemente afecto son los extremos que hacen algunas mujeres por tener hijos, en gran perjuicio de su salud y de su vida y aun de su conciencia. Las que están en esta aflicción y afán, querría que considerasen, ante todas cosas, que Dios solo es el que puede dar los hijos, y que sin Él, ni el marido, ni los remedios, medicinas ni bebedizos ni otra cosa alguna puede dar sér á lo que no tiene sér, ni formar el cuerpo humano en las entrañas de la madre, y mu-

(1) Gen., xxx.
(2) 1. Reg., i.

cho ménos infundir en él el ánima racional, que se cria de nada. Sabiendo esto la mujer cristiana, debe conformarse con la voluntad de Dios, y tomar con agradecimiento lo que le da de su mano, y no affigirse por lo que no le da, pues á quien dan (como dice) no escoge, porque de otra suerte tambien podria affigirse por no ser tan hermosa, ó tan noble, ó tan rica, ó tan agraciada, estimada y servida como otras; que sería una desatinada congoja, pues el Señor reparte sus dones como es servido. Lo segundo, considere que lo que le parece azote y castigo de Dios, por ventura es gran merced y señalado beneficio que le hace; porque con este solo dolor la libra de otros innumerables y más desmedidos y crudos dolores que no es éste; porque la libra de todas las molestias, dolores y peligros que tienen las mujeres cuando están preñadas y cuando paren, que son tantos, que solas ellas, que lo pasan, lo saben y dignamente lo pueden llorar. Pues despues de haber parido, ¿quién podrá contar los cuidados, temores y pesares que combaten el corazón de la pobre madre? ¿Qué recelo tan continuo y qué sobresalto tan congojoso, que al hijo no le suceda algun desastre, que no sea travieso y vicioso, que las malas compañías no le perviertan, que no haga ó reciba algun daño, que no se vaya ó no se pierda, ó en fin, que no se muera? Cuando el hijo es niño, hay una perpétua solicitud en criarle; cuando ya grandecillo, un continuo cuidado y sobresalto en guardarle; si es desobediente, una entrañable tristeza; si bueno y sosegado, una terrible cruz, por el temor que siempre tiene la madre de perderle. Pues ¿qué diré cuando el hijo nace tuerto ó ciego, cojo ó manco, sordo ó mudo, corcovado ó contrahecho, loco ó feo, ó con otras tachas que se ven cada dia y cada hora, aun en los hijos de los señores y principes y de los que se tienen por bienaventurados? No digo nada de los cuidados, angustias y peligros que traen consigo las hijas en criarlas, guardarlas y casarlas, ó ponerlas en estado, y más si son muchas y los padres pobres, que es otro dolor y amargura intolerable. ¿Qué pocos son los niños que salen buenos y son alivio y consuelo de sus padres! ¿Cuántos más son los que les dieron gran contento en su nacimiento, y mucho mayor con su muerte? ¿Cuántos nacieron para cruz y tormento de los que los engendraron, para deshonra de sus casas, para destruición de la república, para infamia de todo su linaje, y para perdición suya propia y escándalo de todos los que los conocen; los cuales con sus calamidades y tristes sucesos convirtieron todo el placer de sus madres en penas, todo su gozo en angustia, y el gusto que tuvieron cuando les dijeron que habian parido un hijo, en llantos, sollozos y gemidos, faltando ántes en ellas el espíritu para vivir que el sentimiento para llorar tantas lástimas y miserias y afrentas como vieron por sus hijos en sus casas? Si se pudiese pintar en un retablo todos los trabajos, dolores, cuidados, temores y miserias que pasa una triste madre con sus hijos, ellos solos bastarian, aunque

fuesen pintados, para desengañar á la casada que no los tiene, y para darle á conocer la merced que Dios le hace en no dárselos; porque el no tenerlos es un dolor solo, y el tenerlos, muchos. Y como dijo un sabio (1), es un infortunio afortunado, ó una desdicha dichosa é infelicidad feliz. No quiero hablar aquí de los hijos que fueron tan crueles y detestables, que dieron la muerte á los que les habian dado la vida, y matando á sus padres, dieron motivo á los legisladores y gobernadores de la república para escribir leyes y buscar nuevos linajes de penas exquisitas para castigo de tan extraña maldad; porque éstos son monstruos de la naturaleza. Y aunque ha habido algunos que han cometido este delito tan inhumano y aborrecible, son pocos, y no es bien que espantemos á las madres que mueren por tener hijos, con estos ejemplos, que son raros; mas lo que vemos que pasa en las casas de nuestros vecinos, tambien podrémos temer que vendrá por la nuestra, y que los hijos no saldrán tan á gusto como deseamos, especialmente en un siglo tan estragado y de tan disoluta y desenfundada juventud, que tiene suelta la rienda á sus apetitos y perdido el respeto á las canas, y está olvidada de su obligacion natural, y de la reverencia y obediencia que los hijos deben á sus padres. Y si alguna madre fuere tan dichosa, que no haya visto las calamidades que vieron otras madres en sus hijos, y hubiere pasado esta navegacion prósperamente, y llegado, á su parecer, al puerto, por tener ya algun hijo salido de la primera edad, quieto, obediente y virtuoso, y como una rosa ó clavellina en la flor de su juventud, acuérdesese cuán fácilmente se le puede Dios quitar (y lo suele hacer algunas veces), y secarse con cualquiera viento y helada esta flor, y en el mismo puerto dar al traves el navio; y que en tal caso se siente tanto más la pérdida del hijo, cuanto más segura parece que estaba la posesion dél. Como el labrador siente más pena cuando los panes ya espigados se anieblan que no cuando no nacen. Para excusar esta pena y dolor tan terrible, no hay mejor remedio que no pedir los hijos absolutamente á Dios, ni querer más de lo que Él quiere, para que no falte nuestro contento y felicidad, por faltar lo que en ella estaba fundado. Lo tercero, querría que considerasen las que se afligen con este deseo, qué causa les puede mover para desear con tanta ansia lo que desean; porque si es querer conservar el mundo y el linaje humano, de su parte, con la multiplicacion de los hijos, crea que el Señor, sin ellos, le podrá y sabrá conservar, y que no tiene necesidad de su espiga, teniendo tan grandes y tan copiosas mieses. Si le parece que es género de castigo y maldicion el ser estéril, engañase, porque, aunque en la ley vieja era tenida por maldita la estéril, en la ley de gracia, en que ahora vivimos, la virginidad lleva la palma y es preferida al matrimonio. Si le parece que con no tener hijos carece de fruto de bendicion y del fin del matrimo-

(1) Eurípides.

nio, y que faltándole estas prendas de amor y vinculo de más estrecha benevolencia, su marido no la amará tanto ni la querrá bien, consuélase con lo que habemos dicho, que Dios es Señor de todos y de todo, y reparte sus dones como es servido; confórtese con su voluntad, y procure amar y estimar y regalar y servir más á su marido, y desvelarse en darle contento, porque la falta de los hijos se supla con estos servicios y regalos; que desta manera, aunque falten los hijos, no faltará el amor que siempre debe haber y hay entre los buenos casados. Jacob más queria á Raquel, aunque era estéril, que no á Lia, que paria; y Elcana amaba más á Ana, madre de Samuel, el tiempo que fué estéril, que no á Fenena. ¿Por ventura Abraham no amaba mucho á Sarra, su mujer, ántes que tuviese della á Isaac, porque era estéril, ó los padres de Sanson no se amaban porque no tenían hijos? Lo mismo podemos decir de Zacarías y de santa Isabel, y de Joaquín y de santa Ana, y de otros santos y perfectos casados, á los cuales la esterilidad y falta de los hijos no los hizo estériles y faltos en el amor y caridad que los buenos casados deben tener entre sí. No quiero decir por esto que la casada no desee hijos, y que no los pida á nuestro Señor, y le suplique que riegue sus entrañas estériles con su gracia, y le dé hijos que le sirvan (y aunque tome algunos medios naturales seguros que para esto le puedan ayudar); pero lo que le pretendo persuadir es, que este deseo no sea demasiado é impaciente; que no se aflija y desespere; que no acuda á hechiceros y mujeres locas y desatinadas; que no tome brebajes ni bebedizos peligrosos; que sepa que todos los remedios que tomáre, si Dios no pone su mano, no le pueden aprovechar ni debe confiar en ellos, y que si confia en Dios y espera dél su remedio con sufrimiento y blandura de corazón y confianza, el Señor se le dará, si fuere para gloria de su divina Majestad y para bien suyo y de su casa; y no habiendo de ser esto, no tiene para qué desear los hijos, pues no los habrá, y si los hubiere, serán sus verdugos, su tormento y su cruz, y por ventura medio para su condenacion.

CAPÍTULO XIX.

De los desabrimientos que hay entre los casados.

Con ser tan grande la aflicción y tristeza que tienen los casados, especialmente las mujeres que son estériles y no tienen hijos, es mucho mayor tribulacion y más para llorar, cuando entre los mismos casados hay poca conformidad, y della nacen desabrimientos y disgustos y amarguras; porque no sé yo qué mayor mal puede haber (de las tejas abajo) que hallar guerra donde debria haber suma paz, y division en tanta union, y hiel en la miel, y tósigo en la medicina. Pues para hablar desta materia, y dar remedio y consuelo á los mal casados, se ha de presuponer que las causas desta discordia y poca conformidad, muchas veces salen de la mala raíz y del mal pié con que se entró en este santo sacramento, por haberse hecho el matri-

monio locamente y por malos medios y peores fines, y querer nuestro Señor que con la pena se pague la culpa que hubo en esto. Otras veces se hizo el matrimonio, según la ley de Dios, con cordura y cristiandad, y despues nacen entre el marido y la mujer disgustos, rencillas y rancores, y toda la dulzura de aquel santo estado se convierte en amargura y lágrimas. Hablemos en este capítulo de los primeros, y en el siguiente hablaremos de los segundos. Todas las veces que el santo matrimonio se profana y se toma por malos fines y en ofensa de nuestro Señor, no es maravilla que sea materia de tristeza y llanto, y que pues la entrada fué mala, la estada en él sea trabajosa, y aunque el fin sea bueno, cuando los medios son ruines y desproporcionados, no puede tener buena salida ni causar buenos efectos. La doncella que para casarse sale á vistas y se atavia y compone, y quiere parecer graciosa, hermosa, bien hablada, amiga de donaires y buena conversacion; que tañe y canta y baila y danza, y para atraer á sí al que querría tener por marido, le habla á menudo y le muestra amor, y aún pasa más adelante, y le da prendas de su afición, muchas veces por el mismo caso, despues de haber perdido á sí misma, pierde lo que pretende, porque el hombre con quien ella se desea casar, y cuya voluntad quiere ganar por aquellos medios, gusta dellos para entretenerse ó para tenerla por amiga, mas no por legítima mujer; porque juzga que aquel trato y aquellas habilidades y gracias más son de mujer graciosa y liviana que de grave y honesta. Y si acaso, cegado de la pasión, la quiere y la toma por mujer, despues que pasaron aquellos primeros amores y se resfrió aquella afición y se extinguió aquella llama que ardía en el pecho, comienza el hombre á abrir los ojos y á entender que no debe de ser honesta la que le amó tanto ántes que él fuese su marido, y que lo que hizo con él no siéndolo, también lo hará con otros aún despues de casada. Y con esto va perdiendo la afición que ántes le tenía, y traspasándola á otras mujeres; y éste es un seminario de rencillas, pleitos y discordias entre los casados, y del fué la semilla y origen el haber entrado en el matrimonio, que es santo y sacramento instituido de Dios, por puerta falsa y caminos torcidos y medios livianos. Otros hay que aunque entran en el matrimonio con mejores fines, no aciertan en los medios para alcanzar el fin que pretenden; porque en el escoger el marido ó la mujer tienen más atención al linaje de la parte, á la hacienda que tiene, al oficio ó cargo que espera, á la hermosura ó gentil disposición, que no á la virtud, á la buena condición, á la conformidad de costumbres, á la edad y salud, y otras cosas que se deben mirar y considerar como principales en los que se quieren casar, teniendo las demas por accesorias y ménos principales, como dijo gravemente Séneca: «Con los dedos tomamos las mujeres»; es á saber, contando la moneda que traen, y la primera cosa que se pregunta es, ¿qué hacienda tiene? como si no valiese más el pobre bueno que el rico malo;

y como dijo Temístocles, príncipe de Grecia, el hombre sin dinero que el dinero sin hombre. El rico y desvariado, cuando se casa, no piensa que toma mujer legítima, sino compañera en sus placeres y vicios, y así la lleva de fiesta en fiesta, de jardín en jardín, tráela ricamente ataviada y hinchela la cabeza de viento; y como la naturaleza nos inclina á estas liviandades, y más á las mujeres, especialmente si son mozas y hermosas, pareceles que no hay otra bienaventuranza en el mundo sino la vida que tienen con sus maridos. Pero en comenzando á nacer los hijos y á crecer los cuidados, y á perderse aquella lozanía de la mujer ya parida, y que la hacienda no basta para tantas galas y expensas superfluas; como no se puede hacer lo que se hacía, ni dejar lo acostumbrado, búscanse medios para destruir y malbaratar la hacienda, y para dar cabo á lo que no le tuviera si se hubiera procedido con cordura; y cuando ella no basta, empeñarse y venderse las ropas y joyas y dote de la mujer, la cual, si es buena, llora y calla, y si es mal sufrida, rompe y riñe, y da gritos contra su marido. No es esto lo peor, porque comunmente estos hombres ricos y viciosos se derraman con otras mujeres, y no se contentan con la que Dios les dió y tienen en su casa, y traen á ella muchas veces enfermedades contagiosas y asquerosas, y las pegan á sus mujeres y aún á sus hijos; y de estos tratos nacen los desabrimientos, rencillas y discordias, y aún, con su mal ejemplo y vida viciosa, provocan á sus mujeres para que los imiten y sean tales cuales son ellos, y les pierdan la vergüenza y el respeto; de suerte que inficionan los cuerpos con dolencias contagiosas (como dijimos), y las ánimas de sus mujeres con una lastimosa y horrible pestilencia de liviandad y deshonestidad; y como no está Dios entre el marido y la mujer, el matrimonio, que había de ser, y para los bien casados es, un paraíso, se convierte en un infierno. Mas el que es pobre, pero pobre honesto y diligente, entiende que el matrimonio es sacramento de Dios, y un fudo de amor tan estrecho, que no se puede desatar ni romper sino con la muerte, y que hace de dos almas un alma, y de dos cuerpos un cuerpo, y que aunque tenga muchas cargas, se pueden llevar fácilmente adonde hay discreción y cristiandad, y que cuando éstas faltan, es un yugo intolerable; cuando se casa procura de amar á la mujer que Dios le dió, y mírase en ella con ojos de amor, y si la halla tal como él esperaba, tiénese por bienaventurado, y si no corresponde á lo que él pensaba, con su ejemplo y consejo y buena maña la va amoldando y reformando, para que vivan en perpétua paz y conformidad; y con la diligencia en el ganar, y la templanza en el gastar, de pobre se hace rico, y tiene con que sustentarse á sí y á su mujer y á sus hijos y familia. Ésta es la diferencia que hay en el casarse con hombre rico y vicioso ó con hombre pobre y virtuoso; pero como no se mira esto, ni se ponen los ojos en la virtud, sino en la hacienda, vemos tantos casamientos tristes y llenos de mil fatigas y miseria-

rias, porque cada una de las partes se tiene por casado con la hacienda, y no con la persona, y se abraza estrechamente con el arca. El marido tiene á la mujer como por manceba, y la querría ver muerta por gozar á solas de su dote, y la mujer tiene al marido como por enamorado y adúltero, y se querría ver libre dél, y ser señora de sí y de la hacienda á su voluntad. Lo mismo podríamos decir de los otros desvarios que hay en los casamientos cuando se hacen principalmente por la nobleza del linaje, ó por la buena disposición de la persona, ó por el oficio ó cargo que se espera, ó por otras cosas semejantes, que son buenas y se deben estimar, pero no como principales, sino como secundarias y ménos principales en el matrimonio, como dijimos; porque de otra manera se pervierten las cosas y se sacan de sus quicios, y son materia de tristeza, llanto y amargura.

También creo que salen desastrados los casamientos muchas veces porque el marido y la mujer son parientes muy cercanos, porque parece que la misma naturaleza repugna á semejantes conjunciones, y quiere que se tenga respeto á la sangre y propinquidad; y no sin causa las leyes divinas, eclesiásticas é imperiales pusieron límites y vedaron dentro de ciertos grados de consanguinidad y afinidad el contraerse matrimonio, y dado que traigan dispensación de la Sede Apostólica, bastará ella para excusar el pecado y para asegurar la conciencia de los que se casan, pero no por ventura para que Dios los prospere y dé dichoso suceso á sus casamientos. A lo ménos, el glorioso doctor de la Iglesia san Ambrosio, en una epístola que escribe á un amigo suyo, que le había consultado si casaría á un hijo suyo con una nieta suya, y sobrina de su hijo, le reprende porque tal cosa había pensado, y le aconseja que no lo haga, y le dice que será desastrado el casamiento, y concluye la epístola con estas palabras (1): *Unde oportet ab ea discendas intentione, quæ etiam siliciret, tamen tuam familiam non propagaret.* Por tanto, es necesario que os aparteis de vuestro propósito, porque, aunque fuese lícito, os será dañoso y no veréis sucesión deste casamiento en vuestra casa. Y san Gregorio dice (2) que aunque una ley romana permitía que el primo hermano se casase con su prima hermana, pero que la experiencia enseñaba que no nacían hijos de tal matrimonio.

No hablamos aquí de los grandes príncipes ni de otras personas públicas, que por graves y públicas causas se pueden casar con sus estrechos parientes, y es justo que la Sede Apostólica dispense con ellos, como lo dice el santo Concilio de Trento (3), hablando aún del segundo grado; pero para la gente comun y ordinaria, aunque sea honrada, en la cual no concurren causas públicas ni muy graves para

concederse semejantes dispensaciones, el mismo santo Concilio las restringe y prohíbe.

Otra causa suele ser cuando no quiere Dios para casada á la persona que se casa, ántes la llama á otro estado más perfecto, y ella siente el llamamiento de Dios, y propone de seguirle y vivir en continencia y ser religiosa, y aún algunas veces hace voto de serlo, y despues se arrepiente y vuelve atrás, y arrebatada de su sensualidad ó movida de otras causas livianas y ligeras, contra lo que Dios quiere y su propia conciencia le dicta, se casa y toma el estado del matrimonio, el cual, puesto caso que sea santo, como no es el que le convenia, permite Dios que suceda mal y esté lleno de amarguras, y que pues la persona en casarse no siguió la inspiración y voluntad santa del Señor, sino su propio apetito y gusto, halle disgustos y desabrimientos, para purgar con ellos la culpa que tuvo; porque realmente no hay cosa que más se deba mirar y examinar que la elección del estado, del cual depende el contento y felicidad de toda la vida, y no hay cosa que ménos se piense ni que se haga con ménos consejo y madura deliberación, y así acarrea grandes descontentos é infortunios, y lo que se hizo ligera y apasionadamente, se paga con una perpétua cruz por toda la vida.

Demas destas causas, hay otra de los hijos y hijas mozas que se casan contra la voluntad de sus padres, por su antojo y apetito; porque aunque para la sustancia del matrimonio no sea necesaria esta voluntad, pues basta la de las partes, como sean hábiles y legítimas; pero deben este respeto los hijos y hijas á sus padres para no tomar compañía sin su licencia y beneplácito, pues son principio de su ser y están debajo de su poder, y ellos desean más su bien que los mismos hijos, y acertarán mejor á escoger lo que más les conviene, por ser padres y desapasionados, y con la mayor edad más prudentes y maduros. Y quiere Dios que los hijos tengan tanta obediencia y respeto á sus padres en todo, que no es maravilla que castigue cualquiera falta que haya en esto, y cualquiera desacato y desabrimiento que se les hace. Por esta causa, en el catecismo (4) que, por orden del santo Concilio de Trento, mandó publicar el papa Pío V, de feliz recordación, tratando desta materia, se dicen estas palabras: «Entre las otras cosas, lo que principalmente se ha de encomendar y persuadir á los hijos de familias es, que, por reverencia y honra de sus padres y de los otros á cuyo cargo están, no se casen sin que ellos lo sepan, y mucho ménos contra su parecer y voluntad; porque aún en el Viejo Testamento vemos que siempre los padres casaban á sus hijos. Y el apóstol san Pablo nos da á entender que así se debe hacer, diciendo (5): «El que casa á su hija doncella hace bien, y el que no la casa hace mejor.» Dando á entender que es propio oficio de

(1) Lib. viii, epist. lxxvi, *Ad paternum.*

(2) Lib. xii, epist. *ex registro ad interrogaciones Augusti.* cap. vi; et habetur xxxv, q. iii, cap. *Quædam lex*, xxiv.

(3) Sessio 24, cap. v.

(4) *De matr. sacramento, in fin.*

(5) I, *Cor.*, vii.

los padres el casar á sus hijas doncellas, y que ellas sin ellos no se deben casar.

He puesto aquí estas causas, para que los casados que andan atribulados y afligidos recorran á ellas y examinen sus conciencias, y vean por dónde les viene el daño y aquel azote del Señor, y si hallaren culpa en sus casamientos, entiendan que su pena es castigo de su culpa, y agradezcan á Dios, que se le da en esta vida y no le guarda para la otra, pues sería más largo y más riguroso, y lo mismo se debe hacer en las otras causas en que hay pecado y ofensa de Dios, porque las más veces que padecemos algún trabajo y disgusto, nos viene por nuestra culpa, y nosotros la echamos á la mala condición y falta del compañero, ó á otras cosas extrínsecas, y no acudimos á la raíz, que son nuestros pecados, y á la bondad de Dios, que con la tribulación los purifica y nos purga; y así, no conocemos mayor castigo, ni le pedimos ni le suplicamos que nos dé paciencia, ni aliviarnos nuestras penas con estos remedios, ántes las doblamos con cuidados y consideraciones infructuosas y desbaratadas.

Pues para obviar á estos inconvenientes y consolar á los casados, que por estas causas están desconformes y afligidos, avisamos primero á todos los que se quieren casar que adviertan cómo se casan, y que entiendan bien primero la fuerza que tiene este santo sacramento del matrimonio, y que es vínculo indisoluble, y una junta muy apretada que hace Dios del marido y de la mujer, y una compañía que, si es dulce, amorosa, pacífica y conforme, es de grande alivio y consuelo para toda la vida; pero si es pesada, odiosa, rencillosa y desconforme, es una cruz y tormento perpétuo; y que para esto conviene que en los que se casan haya temor de Dios y mucha cristiandad, y virtud, y buena condición, y conformidad de costumbres, para poder llevar suavemente las cargas pesadas del matrimonio. Que por esto dijo el otro sabio, hablando del casamiento: «Toma tu igual.» Y no quiso decir solamente que sea igual en nobleza, riqueza, edad y estado, sino mucho más en condición y costumbres, porque desta igualdad nace la conformidad y perpétua concordia entre los casados. Pero los que ya están casados, y por no haber acertado en el fin ó en los medios que tomaron para casarse, pagan su culpa con la pena y andan atribulados, vuélvanse á Dios, lloren su culpa, y con la paciencia y sufrimiento procuren ganar la voluntad de la compañía que Dios les dió para su castigo, ó ellos tomaron por su voluntad; y entendiendo que no hay otro remedio sino éste, abráncense con él, que por ventura el Señor los consolará, y pondrá paz donde hay guerra, y dulzura y suavidad en los corazones amargos y desabridos.

CAPÍTULO XX.

Prosigue el capítulo pasado.

Pero por muchas diligencias que se usen en buscar los medios para acertar en el santo matrimonio, ni por más recta que sea la intención, no es

posible que siempre se acierte en la compañía que se toma; porque, ó la persona se engaña en tomarla, creyendo que es diferente de lo que realmente es, ó con el tiempo se muda, y con los varios sucesos desta vida y con la mutabilidad natural se truecan las condiciones de los hombres. Las otras cosas, ántes que se tomen y traigan á casa, se pueden examinar y mirar muy en particular, para ver si nos contentan. El caballo, el buey, el jumento y el esclavo se pueden probar ántes que se compran. La compañía que se toma en el matrimonio es carga cerrada; y así, muchas veces acontece que no se entienden las faltas que hay, hasta que no tienen remedio. Y por esto, aunque todos los negocios se deben encomendar mucho á nuestro Señor, y suplicarle que los guíe y enderece, ninguno más que el de los casamientos, los cuales no pueden ser acertados ni dichosos, si no se negocian primero en el cielo que en la tierra. Desto suelen nacer disgustos y discordias en los casados, cuando no hallan en la compañía que tomaron lo que pensaban. Mas cuando no hay error ni engaño, con el suceso del tiempo suele haber discordia y división entre los que son una misma cosa, ahora sea por culpa de la mujer, ahora del marido, ahora de ambos, que es lo más ordinario. Y suele crecer esto de manera, que no hay paz ni quietud en casa, sino una perpétua guerra y tormento. No es mi intención tratar aquí de lo que los casados deben hacer entre sí, y darles reglas de vivir, para que tengan una entera paz y santa conformidad; porque desto han escrito muchos, y es cosa larga y fuera de mi propósito; solamente quiero hablar de lo que es propio deste tratado, que es consolar á los casados que están afligidos y amargos entre sí, y darles remedio para tan grande tribulación. Para esto digo que el marido y la mujer que tienen poca paz entre sí, deben primeramente considerar que no son dos personas, sino una persona; no dos cuerpos, sino un cuerpo; no dos almas, sino un alma. Para darnos á entender esto, Dios nuestro Señor, que habia formado el hombre de tierra, formó á la mujer de la costilla del mismo hombre, para que entendiese que era parte suya y hueso de sus huesos y carne de su carne, y que por ella habia de dejar al padre y la madre, y allegarse á su mujer y ser dos en una carne, como lo dijo nuestro primer padre (1). Y esto mismo nos enseñó Cristo nuestro redentor en san Mateo (2), cuando, alegando estas palabras que dijo Adán, añadió: «De manera que ya no son dos, sino una carne», que quiere decir una persona. Y si el marido debe hacer esto para con la mujer, mucho más lo debe hacer la mujer con el marido, que es su cabeza y como su señor y padre, y por ser más flaca que el varón, tiene más necesidad de su arrimo, amparo y defensa. Los filósofos enseñan que la verdadera amistad hace de dos almas un alma, y por esto Horacio, poeta, llama á Virgilio la mitad de su alma.

(1) Gen., ii.

(2) Math., xx

Y san Bernardo, en una epístola, dice de un amigo suyo que era otro él, y que no podia ir el amigo á ninguna parte sin él, porque moraba en el corazón de su amigo más segura y suavemente que en su propio corazón. Pues siendo esto así, ¿qué ha de hacer la mujer para con su marido, en el cual tiene padre, madre, hermano y amigo, y todas las cosas del mundo? Y si la verdadera amistad consiste en un querer y no querer, ¿por qué los buenos casados no querrán y dejarán de querer lo mismo, pues siendo un alma, no han de tener más de una voluntad? Sea, pues, el fundamento y como quicio de toda la concordia y buena union que deben tener los casados, el procurar de tomar cualquiera cosa de su compañía, no como extrínseca y ajena de sí, sino como cosa propia y que toca á su propia persona; la salud y enfermedad, la honra y deshonor, el contento y el descontento, la pobreza y la abundancia, y todas las demás cosas que tocan al uno son del otro, y por tales se deben tomar; y con este amor y afición entrañable, se han de llevar y hacer ligeras las cargas pesadas del matrimonio.

Lo segundo, se deben considerar los ejemplos de los que fueron bien casados, especialmente de las mujeres, que áun siendo gentiles y sin conocimiento de Dios verdadero, en las tinieblas de su gentilidad tuvieron esta verdad, y siguieron aquella vislumbre y corta luz de la naturaleza, y amaron y sirvieron á sus maridos con amor tan extraño y constante perseverancia, que merecieron ser alabadas en todos los siglos, y quedar por dechado y espejo de todas las mujeres casadas. ¿Cuántas mujeres ha habido que, estando sus maridos enfermos, llagados y podridos, los sirvieron muchos años, de día y de noche, con diligencia increíble y amor entrañable? ¿Cuántas chuparon la podre asquerosa y áun ponzoñosa de sus heridas y llagas, poniéndose á peligro de morir ellas por dar vida á sus maridos? ¿Cuántas, estando presos, los sacaron de la cárcel, quedando ellas presas por ellos, y con un santo engaño trocaron con ellos sus vestidos, para poderlo hacer con más facilidad? ¿Cuántas, estando condenadas á muerte, los ocultaron, con peligro de sus propias vidas? ¿Cuántas los siguieron en sus destierros, y dejando sus casas, sus haciendas y sus propios hijos, los acompañaron y huyeron con ellos, y vivieron á sombra de tejados con grandísimos peligros y sobresaltos? ¿Cuántas no quisieron vivir despues de la muerte de sus maridos, teniéndolas á ellos por su vida y todo su bien? Todo esto han hecho muchas mujeres, que ni tenían conocimiento del cielo, ni esperaban por ello gloria y bienaventuranza, ni estaban atadas con sus maridos con nudo tan estrecho ni con vínculo tan apretado como lo es el del sacramento del santo matrimonio, que representa la union inefable que hay entre Jesucristo y su Iglesia; y no lo harán las mujeres cristianas, que tienen todas estas obligaciones más sobre sí?

Sea lo tercero que procuren los casados, especialmente las mujeres, quitar todas las ocasiones

de disgustos, mayormente en los principios, cuando vienen á poder de sus maridos; porque importa mucho cualquiera enojo en aquel tiempo, cuando se han de ganar las voluntades y amasar las aficiones, y hacer de dos corazones uno, como dijimos; y tambien procuren que en brotando cualquiera ocasion de desabrimiento, se arranque y no se deje crecer. Porque, así como los médicos tienen por más peligrosas las enfermedades que se van cuajando poco á poco que no las que nos vienen de repente por causas graves y desórdenes manifiestos; así, dice Plutarco que entre los casados, las discordias que se van engendrando y creciendo poco á poco con disgustos son más peligrosas y más difíciles de curar que las que nacen súbitamente de alguna grande causa. Procure, pues, la buena mujer (como dijimos) de amar á su marido, de contentarle, servirle, respetarle, y de no tener otra voluntad más de la suya, y de vivir con tanto recato, que con razon no pueda tener celos della; de callar cuando él se enoja y da voces, y hablarle con blandura y cordura cuando él está sosegado y calla; de quitarle los pesares que trae de fuera de casa, y no acrecentárselos con los della; de descubrirle sus secretos y deseos, y darle parte de sus penas, como á padre y amigo y como á sí mismo, y siga en todo su parecer y consejo; de no descubrir ni publicar sus faltas ni lo que pasa entre los dos; porque el secreto sobre el marido y la mujer es sacrosanto, y deba estar cerrado debajo de siete llaves; y finalmente, procure de tenerle en lugar de Dios y espejarse en él y mirarle como á sí misma; pero cuando hubiere hecho de su parte todo lo que pudiere para tener paz y dar contento á su marido, y si no aprovechare, por ser él tan perdido, que no se puede ganar, y tan vicioso, que no tiene remedio, ó tan loco y fuera de juicio, que Dios solo le puede dar seso, vuélvase á él, y suplíquele de corazón, y hágale suplicar, que ponga su mano y remedie tan grande mal, y que le dé paciencia; y conozca que es azote del Señor, que por este camino y cruz quiere purgar sus pecados, y labrarla y llevarla á gozar de sí. Confórtese con su santa voluntad, y con la paciencia y sufrimiento, y confianza en la bondad de Dios, mitigue su dolor y haga más ligera su carga; porque, haciéndolo así, ó el Señor la librará della, ó le dará fuerzas para llevarla con suavidad, y estando Dios en su alma, hallará consuelo en su pena y alivio en su trabajo, y paz en la discordia, y en el peligro seguridad, y quietud dentro de sí, la cual, ni el marido ni ninguna otra criatura, si ella no quiere, no se la podrá quitar. Y lo que aquí decimos que debe hacer la buena mujer para con su marido, tambien decimos que lo debe hacer el buen marido con su mujer, porque de ambas partes nacen ocasiones de trabajos y amarguras. Y puesto caso que la mujer debe sujecion y obediencia á su marido por ser su cabeza, y por esta causa sufrir más, el marido debe más compasion á su mujer, y gobernarla con más moderacion y cordura, por ser más frágil y de su natural condición más flaca y autojadiza; y final-

mente, el consejo de san Gregorio, papa, es admirable, que dice (1) que los casados deben ser amonestados que cada uno dellos no considere tanto lo que él sufre de su compañía, cuanto lo que la compañía que tiene le sufre á él; porque desta manera llevará con más paciencia lo que hiciere consigo el otro, considerando lo que él hace con él.

CAPÍTULO XXI.

Cómo se deben consolar las personas espirituales cuando les faltan las consolaciones divinas.

Tratado habemos en los capítulos pasados de algunos remedios principales, con que los atribulados y afligidos se podrán consolar en sus tribulaciones, en su pobreza, en sus enfermedades, en las muertes de los que quieren bien, y cosas semejantes, pero todas temporales y de la tierra, que son comunmente las que los hombres mundanos suelen sentir y llorar más. En este capítulo quiero tratar de otro género de tribulacion y desconuelo más alto y más espiritual, que llega al alma y la atormenta y consume, y se funda, no en la pérdida destos bienes perecederos y caducos, sino en la de otros celestiales y divinos; porque, así como cuando Dios quiere castigar á los hijos deste siglo no les quita las cosas espirituales (porque, como no las aman, no sienten la pérdida dellas), sino en las temporales, que ellos tienen tan arraigadas en sus entrañas, que cuando se las quitan les arrancan las mismas entrañas y seles sale el alma tras ellas, para que castigados por esta manera, se vuelvan á Dios; así, cuando quiere afligir á las personas espirituales, no les quita las cosas temporales (porque no hacen caso dellas, ni reciben pena de la pérdida de lo que no aman ni estiman), sino los consuelos espirituales y divinos, que son los que ellas precian y procuran. Esto es, cuando parece al ánimo que no tiene á Dios y que le ha perdido; que le habla, y no le responde; que le busca, y no le halla, y se ve sola y como desamparada y desechada de la faz del Señor, que sabe que es todo su remedio y todo y solo su bien. Este lenguaje entienden las ánimas devotas y regaladas de Dios cuando él á tiempos las deja y se les esconde; que las otras que andan como anegadas debajo de las ondas de sus desvariados apetitos y vicios, y no tienen trato ni familiaridad con Dios, no saben á qué sabe esto, ni cuánto sea más agudo el dolor que causa esta ausencia del Señor, que todas las otras calamidades y pérdidas temporales. Pues para estas ánimas recogidas, espirituales y devotas, servirá este capítulo cuando se vieren desconsoladas y como sumidas en un abismo deste desamparo de Dios, que es mayor trabajo que todos los trabajos temporales, y la mayor pena de todas las penas. Porque, así como las consolaciones de Dios son mayores de lo que se puede decir, así las desconsolaciones de su ausencia no son creíbles á quien no las experimenta. Y como cuando el ánimo

(1) Gregor., in pastor, iii. p. admonitione, xxviii.

está de veras regalada y gozosa con la presencia del Señor, no le parece que hay cosa en el mundo que la pueda entristecer, ni turbar aquel gozo que posee, así, cuando Dios le vuelve las espaldas y se ausenta della, y la quiere probar de veras con desconuelos y temores, se halla á las veces tan triste y afligida, que ninguna cosa la puede alegrar, ni aún aliviar el peso de su grande tristeza, porque se halla entonces el ánimo tan atajada, tan pesada, tan perpleja y confusa, que no sabe qué se hacer, y cualquiera cosa que haga la embaraza y confunde más. Está como un viandante que camina por un desierto lleno de bestias fieras, y ha perdido el camino en una noche muy oscura, y no sabe qué se hacer. El estarse quedó le aflige, el ir adelante le congoja, el volver atrás le da pena; si se queja, no des cansa; si llama, no le responden; si no llama, repréndele la conciencia; anda sumido en un mar profundo de angustias y sobresaltos, en tanto grado, que aún el mismo buscar á Dios busca el ánimo cuando está en este estado, y no le halla; ántes todos los medios que toma para consolarse le son materia de tristeza, como á los muy alegres lo suelen ser de alegría las mismas causas con que otros se entristecen. Éste es el verdadero desierto por donde Dios lleva á los que saca de Egipto con la promesa de su palabra, á la cual quiere que crean tanto, que ni estas ni otras cosas los desmayen en la fe, pues es más cierto lo que Él promete que lo que nosotros sentimos, y nos tiene prevenidos y avisados que pasaremos por estas penas, mas que Él nos librará. Pues cuando un ánimo se halla en este desierto tan yermo y horrible, ¿qué hará? ¿cómo se consolará? Primeramente, es menester que cuando se hallare en tan peligroso estrecho, y como arrebatado de una corriente de desconuelos y temores, que no pierda el áncora de la confianza en el Señor, ni se deje ahogar de manera que piense que está del todo olvidado y desamparado de Dios; porque en llegando á este punto, como perdido el gobernalle, se da al traves y se quiebra la nave sin remedio. Para esto, conviene que la persona espiritual asiente en su corazón que las consolaciones y dulzuras con que el Señor á veces regala á sus siervos en la oracion, no son las prendas más ciertas de su amor, ni lo más precioso ni más fino de la virtud; pues muchas veces los más santos tienen menos regalos sensibles que otros que son principiantes y menos perfectos, á los cuales cria el Señor con esta leche, como á niños, hasta que, esforzados ya, dejen de serlo, y coman pan con corteza y comiencen á andar por su pié. De suerte que el tener más consolaciones sensibles no es señal cierta de ser el que las tiene más perfecto ni más santo, ni más querido del Señor, y eslo cuando, faltando ellas, el hombre no falta un punto de sus santos ejercicios ni de un amor fuerte y macizo, con que se abraza con su Dios y se aprieta con Él y totalmente se pone en sus manos, y con prosperidad y con adversidad, con consuelo y desconuelo, en paz y en guerra, le sirve igualmente. Para hacer prueba deste amor

fino y perfecto, quita Dios muchas veces á sus siervos estos regalos y dulzuras, y no menos para que ellos conozcan que no son suyas, sino dádiva del cielo, y no se desvanezcan cuando las tienen, ni se congojen demasadamente cuando les faltan, y siempre anden humildes y dentro de sí, conociendo que no las merecen cuando no las tienen, y agradeciéndolas y sirviéndolas al Señor cuando se las da. Otras veces tambien las quita su divina Majestad con piadosa providencia, para que sus siervos no pierdan la salud y desfallezcan, porque es tanta la flaqueza de nuestros cuerpos, y tan grande la abundancia y suavidad destos consuelos divinos, que puesto caso que el alma se derrite y regala con ellos, la carne muchas veces se enflaquece y no puede sufrirlos, ni llevar carga tan ligera para el espíritu y tan pesada para sí; y por otras muchas causas quita Dios estas consolaciones divinas á sus siervos, de las cuales trata largamente, en la segunda parte del libro de la *Oracion*, el padre fray Luis de Granada, adonde las hallará el que las quisiere ver.

Mas algunas veces esta tribulacion no es más que una privacion de los regalos sensibles de Dios, y una como falta del pan y sustentó con que el ánimo esforzada tiene aliento para andar por el camino áspero de la virtud, y llegar, como Elias despues de haber comido la hogaza, hasta el monte de Oreb, y perseverar en los ejercicios santos de la oracion. Otras veces pasa más adelante, y es un desamparo y una soledad tan grande, un dejamiento que hace Dios en el ánimo, que sola la que le padece le puede explicar; porque parece que no sólo el Señor no la ayuda y favorece en aquel punto, pero que la persigue y desfavorece; de manera que no halla ni en sí ni en ninguna criatura reparo, y que el mismo Dios le vuelve el rostro y se le esconde, ó por mejor decir, se esquivo y la trata como enemigo. Pongamos aquí dos ejemplos deste desamparo del Señor: uno de un varon santo, y otro de una mujer santa, y ambos de dos religiosos de la órden de santo Domingo. Fray Enrique de Suson, alemán de nacion, fué varon muy ilustre en sangre, y más en toda santidad y perfeccion, y particularmente en la paciencia y sufrimiento de innumerables y pesadimas tribulaciones con que Dios le ejerció muchos años; de las cuales hallándose algunas veces muy apretado, y suplicando á nuestro Señor que le sacase dellas, le apareció un dia y le reprendió, diciéndole: «Cuando Dios te enclavare en alguna cruz, no has de poner los ojos en cuándo se acabará, sino apretarte con ella y apercibirte para otra.» Otra vez le dijo el Señor las grandes adversidades que habia de padecer, y le especificó tres más terribles que las demas, y entre ellas le declaró la tercera en esta manera: «La tercera es, que hasta agora has mamado los pechos de Dios como niño, mas ya no será lo que ser solia, ni gustarás de aquellos regalos y dulzura divina, ántes te dejaré secar y enfermar de pobreza y falta destos gustos y regalos, y verte has desamparado

de Dios y de los hombres, maltratado de amigos y de enemigos, y todo cuanto imaginares, tratares y buscares para tu consuelo, todo se te volverá al revés.» Y como el Señor se lo dijo, así lo hizo. Éste es ejemplo de varon; digamos agora el de una purísima y santísima vírgen, que es santa Catalina de Sena, la cual, despues de haber sido regalada extrañamente de Dios, y tratada como dulcísima y amadísima esposa, pasó por este desierto y desamparo, no hallando gota de agua de consuelo para refrescarse y matar la sed, ni bocado de pan que comer, sino serpientes venenosas y enemigos crueles por todas partes, que la perseguían y querían tragar; y buscando al Señor para su defensa, no le hallaba, ni aún rastro dél; porque Él la quería probar y afinar, y para esto dió licencia á los demonios para que empleasen su malicia en combatir á la santa vírgen con tentaciones torpes, y en cuerpos visibles ejercitasen delante della actos sucios, y le apareciesen en várias y horribles figuras, y la maltratasen y afligiesen; y cuando ella se volvía á Dios, Él se le escondía y la dejaba como sola, aunque no estaba sino más acompañada que ántes del mismo Señor que la dejaba. Esta cruz es pesadísima y terribilísima, y que para llevarla son menester hombros de gigante; y así, el Señor no la suele dar sino á personas muy ejercitadas y robustas en la virtud. Pues cuando el Señor fuere servido de probarnos con la falta de sus regalos y consolaciones divinas, no hay que hacer sino humillarnos, y conocer y confesar que somos indignos dellas, y que justísimamente se nos quitan porque no supimos usar dellas ni agradecerlas, como era razon; algunas veces atribuyéndolas á nuestros merecimientos, otras desvaneciéndonos con ellas, y desestimando á los otros que no las tienen, como si por no tenerlas fuesen menos buenos y perfectos que nosotros; otras desconfiándonos en el ejercicio de la oracion y de la mortificación de nuestras pasiones, y no acudiendo con humilde y total resignacion á la voluntad del Señor, y á las santas inspiraciones que por su sola benignidad nos envia, ó por algun pecado oculto ó aficion desordenada con que está preso y cautivo nuestro corazón, el cual en estas ocasiones debemos examinar con mayor cuidado, y purificarle de cualquiera cosa que hay en él y entendiéremos que puede desagradar á los ojos del Señor. Y hecho esto de nuestra parte, dejémosle hacer de la suya lo que fuere servido; si nos consolare, tomemos el consuelo con agradecimiento, y si no nos consolare, el desconuelo con paciencia, que aunque sea medicina amarga, no por eso será menos provechosa para la salud, y lo que nos faltare de regalo, por ventura se nos dará de virtudes sólidas y macizas, de humildad, de paciencia, de amor fuerte, de confianza, de perseverancia y de otros dones de Dios, que valen tanto más que los regalos y consuelos, aunque sean espirituales, cuanto vale más el fin que los medios que se toman para alcanzarle. La mujer que es muy regalada de su marido, cuando está presente no es mucho que le quiera bien y que le